

Educación y capacitación de los recursos humanos

Daniel Passaniti

Introducción

Las transformaciones sufridas por la economía y la sociedad mundial en los últimos años del presente siglo, plantean nuevos desafíos que sólo podrán ser afrontados en tanto la educación y la capacitación sean asumidas como parte principalísima de la estrategia nacional y no como simples políticas coyunturales. Esa estrategia global no exige de responsabilidad a los entes privados (empresas, universidades, centros de investigación) cuyo compromiso ante el conocimiento y la capacitación hoy, menos que nunca pueden eludir.

Creemos sumamente importante distinguir la **educación** de la **capacitación** a efectos de encarar convenientemente los nuevos desafíos. La capacitación tiene por objeto desarrollar una habilidad o una aptitud para hacer algo de mejor forma, mientras que la educación tiene por finalidad el enriquecimiento moral, intelectual y estético de la persona. La capacitación facilita el camino hacia una economía más **eficiente** y competitiva, favoreciendo así el progreso técnico y económico; pero la educación de la persona a la vez que mejora y perfecciona la competitividad nacional, posibilita no sólo el progreso económico sino también el auténtico desarrollo humano. Es decir, una sociedad educada hará posible una economía no sólo eficiente sino también **eficaz**, en tanto cumpla con su finalidad última: la promoción de la dignidad humana y su auténtico desarrollo, que no se agota en los bienes materiales sino en los bienes culturales, espirituales y religiosos, que perfeccionan más acabadamente a la persona.

Desde esta perspectiva vemos que en esta economía y sociedad de fines de siglo, calificada como sociedad poscapitalista o sociedad del saber, progresan los pueblos más capaces y mejor educados, no los que más tienen. De allí la importancia significativa de la capacitación y de la educación como factores determinantes del avance tecnológico, del crecimiento económico y del auténtico desarrollo humano.

Veamos algunos rasgos distintivos de estas nuevas realidades de fines de siglo que subrayan lo afirmado anteriormente.

Algunos datos descriptivos de las nuevas realidades

De las ventajas comparativas a las ventajas competitivas

Las reglas del comercio mundial han ido reformulándose, de forma tal que el comercio complementario fundado en las ventajas comparativas (siglo XVIII, Smith - Ricardo) y por el cual cada país se especializaba en aquellos productos en los que tuviera ventajas provenientes de la dotación de factores, recursos, clima, suelo o mano de obra y basadas en los costos relativos, ha evolucionado hacia el comercio competitivo (1850 hasta hoy), en donde las ventajas no provienen de la herencia de recursos y los menores costos consecuentes, sino de la capacidad de transformar esos recursos e incorporarles valor agregado.

La competitividad está fundada entonces en la **habilidad para generar valor agregado (conocimiento)** y está condicionada por la creatividad empresarial, por el sistema de innovación y de desarrollo tecnológico, por las condiciones institucionales y por las ventajas culturales (nivel de educación y de eticidad).

Daniel Passaniti es Contador Público y se desempeña como director del Centro de Investigaciones de Ética Social (CIES).

Hoy, el crecimiento económico proviene de la **diferenciación tecnológica**, el que es diferente gana. Esta diferenciación que hace posible una mayor competitividad, obliga a una fuerte inversión en recursos humanos. No caben ya dudas de que el crecimiento debe ser promovido desde adentro (endogenización) y que para eso es necesario capacitar y educar a la sociedad para poder generar riquezas.

Consecuentes con esta realidad, los países desarrollados aplican una explícita protección a la tecnología e industria nacionales y fuertes subsidios a la educación, a la investigación y al desarrollo, a efectos de cualificar la mano de obra empleada.

Al respecto, afirma Robert Reich que el objetivo nacional ha de ser el de intensificar la intervención del gobierno de tal manera que se incrementen las capacidades de los ciudadanos (inversión pública en salud, educación e infraestructura). Habrá que subsidiar a las empresas -sigue diciendo- para que emprendan una producción de alto valor agregado, para que de esta forma, la mano de obra nacional pueda adquirir nuevas habilidades.

El **contexto nacional** condiciona fuertemente la competitividad. Y este contexto nacional abarca, según Michael Porter, la inversión en recursos humanos por parte del gobierno, la creación de centros de excelencia por parte de la sociedad y el sistema educativo y cultural de esa sociedad.

Queda claro entonces, que hoy compiten no sólo productos, sino principalmente culturas, de allí que no sólo es necesaria la capacitación sino principalmente la educación de la sociedad.

La lucha por la diferenciación

Los países luchan por crecer en términos de valor agregado y por la calidad y rasgos distintivos de sus productos, para poder así imponer sus precios en el mercado. Si comparáramos el precio por kilo de valor agregado de distintos productos, tendríamos el siguiente cuadro:

Trigo	0,10 U\$S
Construcción	0,35 U\$S
Carne	1,50 U\$S

Avión comercial	700,00 U\$S
Satélite	40.000,00 U\$S
Conocimiento (patente)	300.000,00 U\$S

La pregunta que debieran hacerse aquéllos países cuyas exportaciones están en alto porcentaje conformadas por bienes primarios (comodities), la Argentina incluida, es la siguiente: ¿Cuántos kilos de trigo habrá que vender para igualar el ingreso proveniente de un kilo de conocimiento?

La Argentina, favorecida por circunstancias internas y externas ocupó un lugar destacado en el mundo a través de la exportación de carnes y granos (1880-1930); pero hoy, el deterioro de precios de los *comodities*, la sustitución de materias primas y de insumos por tecnología y además, la biotecnología que permite a cualquier país contar con esos productos por necesidad alimentaria, obliga a elaborar una estrategia de crecimiento fundada, necesariamente, en la cualificación de la mano de obra y en el nivel cultural y educacional de la sociedad toda. La economía del siglo XXI pasa de lo altos volúmenes al alto valor.

Nueva ecuación del crecimiento

Como decíamos, el crecimiento hoy está fundado no ya en los recursos heredados o tradicionales (recursos naturales, mano de obra), sino en los recursos no heredados o avanzados que permiten relativizar la inexistencia de aquéllos. Estos recursos avanzados son la innovación tecnológica, la investigación y desarrollo, la información y las comunicaciones, todos ellos, bienes del conocimiento. Ejemplifica lo dicho aquella clasificación de países desarrollados, subdesarrollados, como Japón y la Argentina. La clasificación no es caprichosa: Japón no cuenta con recursos heredados mientras que a la Argentina le sobran. Sin embargo la evolución económica de ambos países muestra claramente la verdad sobre los fundamentos del crecimiento. Afirma Juan Pablo II al respecto, en la *Centesimus Annus*, nro. 32:

Existe otra forma de propiedad, concretamente en nuestro tiempo, que tiene una importancia no inferior a la de la tierra, es la propiedad del conocimiento, de la técnica y del saber. En este tipo de propiedad, mucho más que en los recursos naturales, se funda la riqueza de las naciones industrializadas... hoy día el factor decisivo es cada vez más el hombre, es decir, su capacidad de conocimiento.

Progreso tecnológico y empleo

El progreso tecnológico afecta la composición de la demanda y producción de bienes y servicios, pierden importancia los insumos materiales y la mano de obra es remplazada por la robótica. La producción se desconecta del empleo. Para corroborar lo dicho veamos como se descompone el valor total de un chip semiconductor: 3 % de su valor, materia prima; 5 % de su valor, propietarios y equipos; 6 % mano de obra y el 86 % restante corresponde a servicios de diseño, servicios técnicos y derechos de autor, o sea, conocimiento.

Es por esta razón que afirma Peter Drucker que un país (o empresa) que ponga la preservación de empleos fabriles por delante de la aspiración a ser internacionalmente competitivos (que implica disminución de empleos por robotización y automatización) muy pronto no tendrá ni producción ni empleos estables. Y sigue diciendo este autor: Los obreros fabriles (los explotados, según Marx) que en 1950 eran la mayoría de la fuerza laboral empleada, en 1990 representaban el 20 % y para el 2010 serán apenas el 10 % del total de empleados.

Esta realidad muestra claramente el efecto desintegrador de la tecnología y el conocimiento, puesto que paralelamente al surgimiento de una elite social de privilegiados (los trabajadores del conocimiento) una gran masa de marginados está provocando fuertes tensiones sociales. El drama actual: crecimiento económico sin empleo. Según la OIT 800 millones de personas están desocupadas en el mundo, 30 % de la fuerza laboral mundial.

Si bien es cierto que el avance tecnológico no ha de desestimarse, su efecto desintegrados debe preverse mediante la capacitación y la educación de la sociedad; esto lo han hecho países como Corea y Japón que registran bajas tasas de desempleo y a la vez han automatizado y robotizado las líneas de producción. Esto les ha permitido ser más competitivos y conquistar nuevos mercados, circunstancia que los obliga a seguir capacitando mano de obra para satisfacer la mayor demanda. No es casualidad que en estos países la educación y la capacitación formen parte de una estrategia global de gobierno y que el sector privado (empresas, sin-

dicatos, universidades, centros de capacitación) esté fuertemente comprometido con tales objetivos.

Lo que no puede admitirse desde el punto de vista del auténtico desarrollo humano, es aquella filosofía económica fundada en un darwinismo social que admite como consecuencia lógica e ineludible la selección de personas en orden a su capacidad de conocimientos. Como si el proceso social debiera sustentarse en procesos selectivos, desconociendo que el trabajo además de satisfacer necesidades humanas hace a la perfección del ser, siendo a su vez co-creador y co-redentor (Juan Pablo II, *Laborem Exercens*). Además nos preguntamos: ¿De qué vale tanto crecimiento, tanta competitividad, tanta innovación tecnológica, si no es para aumentar el bienestar del hombre?

De la sociedad capitalista a la sociedad del saber

Una nueva dimensión y un nuevo lenguaje exigen hoy a la sociedad (trabajadores, empresarios, profesionales, docentes, a todos en general) capacitación y nivel de conocimiento adecuado. Los bienes tangibles (riqueza real) son remplazados por los bienes del conocimiento (riqueza simbólica), y un nuevo lenguaje, el lenguaje simbólico, permite realizar operaciones de todo tipo en tiempo real (comunicación satelital, tarjetas magnéticas, ofimática, atención impersonal, etc.); la manufactura es remplazada por la *mentefactura*, el músculo es remplazado por la mente. (Alvin Tofler)

El tránsito de la sociedad capitalista a la sociedad del saber, explica Peter Drucker, se ha dado en tres etapas: el saber aplicado a herramientas, productos y procesos (revolución industrial, 1750-1850), pasó a ser aplicado al trabajo dando origen a la revolución de la productividad (Taylor, 1850-1950), pero ahora el saber se aplica al mismo saber originando la revolución de la gestión (1950 en adelante). La exigencia de hoy, según este autor, es **saber qué nuevo saber se necesita saber**. Y concluye sobre este tema: Con certeza, el retorno que un país o una empresa recibe del saber será cada vez más un factor determinante de su competitividad. De forma creciente, la productividad del saber será decisiva en su éxito económico y social y en su rendimiento económico global.

Esta revolución de la gestión, el saber aplicado al saber mismo, ha originado también una nueva estructura de poder dentro de la empresa. La autoridad en el seno de la misma no se ejerce en función de un cargo formal, sino por la capacidad de agregar valor a la unidad empresaria. No existe ya la relación jefe-subordinado, la empresa es más bien un equipo de asociados, un grupo de especialistas dirigidos por un director, que no manda, pero que establece la estrategia a seguir.

El verdadero capitalista ya no es el dueño del capital, sino los **trabajadores del saber, el analista simbólico** (especialistas, científicos, profesionales, management, intelectuales), aquéllos que son capaces de identificar y resolver problemas y cuya demanda mundial y retribución crece, frente a los trabajadores de servicios rutinarios de producción y de servicios personales que sólo necesitan una educación básica y que están en franca desventaja respecto de aquéllos.

Dado que el recurso económico básico es el saber, la persona humana, con toda razón afirma Peter Drucker: "Respecto del saber, ningún país, ninguna industria, ninguna empresa, tiene ventajas o desventajas naturales". (La sociedad poscapitalista, pág. 160).

Pero lo cierto es que no todos los países, ni todas las empresas, han sabido potenciar los recursos de la inteligencia, ni han concebido estos objetivos como parte de una estrategia nacional.

Algunos ejemplos de endogenización del crecimiento

Mucho se ha hablado del «milagro económico» de Japón. pero en realidad lo que ha experimentado ese país no fue ningún milagro, su crecimiento no fue sustentado por lo que tenía sino por la capacidad y nivel educativo de su gente. La máxima tradicional japonesa siempre ha sido la **suprema importancia del saber**.

Ya en el año 1885, el Ministro de Educación de los Meiji afirmaba: Nuestro país debe trasladarse de la posición de tercera categoría que ocupa a la de segunda, y de ésta a la de primera, y finalmente debe ocupar la posición principal entre todos los países del mundo: la mejor forma de lograrlo es sentando las bases de la educación elemental.

Desde los años 60 se multiplicaron en Japón las instituciones dedicadas a la investigación y desarrollo. Cuando la inversión privada no invertía por tal concepto, por considerar esto demasiado oneroso o riesgoso, allí estaba el Estado subsidiando a los privados, supliendo su iniciativa y poniendo a su disposición los resultados obtenidos de tales inversiones. Cumplía un rol subsidiario, de estímulo y de protección de la renta tecnológica nacional.

La maximización de recursos inteligentes tiene lugar prioritario en los objetivos empresarios: la escuela **Matshushita** de política y gerencia incorpora a graduados universitarios y les paga para que se capaciten, así se incorporan sólo 30 alumnos por año, quienes deben aprobar un riguroso test de aptitud y presentar además un trabajo con las metas del estudio a realizar.

La educación no termina en la escuela ni en la universidad, continúa en la empresa, es una actividad permanente.

A lo que estamos asistiendo en el Japón es significativo: la educación allí progresa simultáneamente, por un lado en la escuela pública, por efecto de un prodigioso crecimiento promedio de la escolaridad desde el fin de la ocupación norteamericana, y por otro, en el seno de las empresas privadas, de las cuales hoy en día es tal vez una de las funciones esenciales. (René Moury: Hablan los empresarios japoneses, pág. 91).

Michel Albert también destaca el papel de la empresa en educación, característica propia del *model renano* (Alemania, Japón) no así del *model anglosajón* (Estados Unidos, Inglaterra): en el modelo anglosajón, afirma este autor, la empresa tiene un papel menor en la educación, ya que ello representa un costo inmediato y un rendimiento a largo plazo, la empresa tiene que producir beneficios. En el *model renano* la empresa juega un papel determinante en la educación, cumple una función más amplia orientada a acrecentar la competitividad nacional.

En noviembre de 1983, como parte de un intercambio cultural entre Japón y los Estados Unidos, estas naciones acordaron la realización de un estudio sobre los sistemas educativos de ambas.

El Informe Reagan-Nakasone concluía así: Para el Departamento de Estado de los Estados

Unidos, los secretos del éxito económico japonés obedecen a su riguroso sistema educativo y a la alta calidad y uniformidad de su enseñanza. El informe japonés decía: los educadores estadounidenses parecen compartir la opinión de que el sistema educativo norteamericano ha caído en la mediocridad. Los niños estadounidenses registran muy malos resultados en los test internacionales. En el pasado ellos hablaban del Sputnik Shock, ahora tal vez exista el Toyotashock.

Podríamos agregar que el curso escolar japonés es de 240 días y el de los Estados Unidos de 180; que el índice de asistencia escolar es más elevado en Japón; que el 90 % de los jóvenes que ingresan a las universidades completan sus estudios; que existen dos canales de televisión financiados por los hogares que dictan cursos de educación básica en cinco lenguas extranjeras (son programas especiales para granjeros, artesanos, amas de casa); que cada semana 96 programas de televisión seleccionados por su contenido y no por su popularidad se transmiten a las escuelas como complemento de las clases regulares, se consulta permanentemente a los docentes a efectos de mejorar la programación de los mismos. Al respecto afirmó Lee Iacocca:

Ahora me estoy cansando de compararnos con los japoneses cada vez que nos damos vuelta, pero en este caso no podemos dejar de hacerlo porque en el siglo XXI los países con los habitantes mejor educados van a dirigir el mundo. (Buenos Aires, Ambito Financiero, 21-07-88).

Y consustanciado con esta crítica John Galbraith dijo:

La cuestión de la enseñanza exige un comentario especial. Su importancia nadie la discute. Ya se ha analizado sobradamente el hecho de que los fallos en la enseñanza han debilitado la posición económica de los Estados Unidos. (La cultura de la satisfacción, pág. 188).

Así también podemos hablar de otras sociedades que han triunfado económicamente por premiar la inteligencia y por estar fundadas en la meritocracia. **Alemania**, con el *status* de su educación estatal, de sus docentes que viven de la docencia, de la alta competitividad de sus industrias por la cualificación de su mano de obra; **Taiwán**, que selecciona sus funcionarios públicos por exámenes y nadie puede desempeñar un cargo público sin

ser calificado previamente, tal cual reza el artículo 85 de su Constitución Nacional. **Corea**, dice la **CEPAL**, es el ejemplo más patente de la asociación estrecha entre el crecimiento económico y una buena política educativa. Su política integral de gobierno abarca variables macroeconómicas, ocupacionales y educacionales, las autoridades están convencidas de que la capacitación y la educación compatibiliza la demanda de aumentos salariales con el equilibrio de las cuentas externas.

Corea enseña que la inversión en educación debe adelantarse a las necesidades de la producción, por su tiempo relativamente largo de maduración. Este mismo informe de la CEPAL afirma que:

... la educación se ha convertido en una prioridad en las discusiones sobre estrategias nacionales de crecimiento y desarrollo... el debate internacional muestra que las estrategias educativas tienden a concebirse cada vez más como políticas coyunturales de gobierno. (*Educación y conocimiento, eje de la transformación productiva con equidad*. CEPAL-UNESCO, Santiago de Chile, 1992).

Algunas reflexiones

No caben dudas de que no puede haber progreso científico, tecnológico, económico, ni mayor desarrollo humano, sin el uso intensivo de la inteligencia. Desde esta perspectiva, Argentina debería tomar conciencia de los recursos intelectuales que posee y aplicar a la vez una política consecuente, que tienda a aumentar la disponibilidad de talentos sociales e intensificar el rendimiento de los potencialmente más capacitados. En verdad esto significa no seguir nivelando por lo más bajo o en la mediocridad, sino a la inversa, premiar al inteligente. Si los países mejor educados gobernarán el mundo, como afirma Lee Iacocca, entonces, entre otras cosas, habrá que volver al cuadro de honor en las escuelas (exhortación hecha por el mismo *manager* americano).

Y aquí comparten responsabilidades tanto el sector privado como el público. Que esto sea realidad, es responsabilidad de toda la sociedad en su conjunto. habrá que repensar el papel de la escuela y el contenido de la enseñanza, habrá que proporcionar un alto nivel de alfabetización y una enseñanza básica uniforme, habrá que estimular el aprendizaje, la disciplina, el esfuerzo, y lograr que

la educación potencie las capacidades y talentos individuales. El estudio, como afirma Peter Drucker, deberá ser una actividad de toda la vida, puesto que hoy cuanto más se sabe, más nos damos cuenta de lo que nos falta saber.

El progreso científico, tecnológico y económico y el auténtico desarrollo humano, deben ser la resultante de un esfuerzo conjunto de **ESCUELA-UNIVERSIDAD-EMPRESA E INSTITUCIONES SOCIALES**. Pero toca a la autoridad pública y en orden al Bien Común, priorizar los gastos en materia educativa. El Presupuesto Nacional, en nuestro caso, no puede ser concebido simplemente como un cálculo matemático. Es un acto político por excelencia a través del cual se trata de satisfacer las necesidades sociales. La ética fiscal enseña que hay gastos indispensables, que hay que realizarlos siempre (entre ellos, educación); los útiles, que se realizan si hay financiamiento; y los superfluos, que no hay que sufragarlos nunca.

En Argentina, la educación está sometida a los ajustes presupuestarios que rigurosamente hay que realizar a efectos de mantener el equilibrio fiscal; la educación está en función de los números. Como afirma Marcelo Lascano, la Argentina debe darse cuenta de que el desarrollo intelectual, moral y cultural de la sociedad es más importante que la cotización de un título externo; más que una apertura económica, al país le hace falta una apertura intelectual que le permita ver y encarar convenientemente los desafíos del presente.

Una segunda y última reflexión. Volviendo al principio, en la sociedad del saber son tan necesarias la **capacitación** como la **educación**. Es más, una sociedad capacitada pero no educada no será capaz de lograr la verdadera promoción humana. Si la educación se ve exclusivamente orientada al avance tecnológico y al crecimiento económico, llegaremos a ser un país como Japón, muy competitivo, pero sumergido en el hedonismo de vida, en el consumismo, en el culto al trabajo y a la competencia como fines en sí mismos, con muchas riquezas materiales que no están ordenadas al servicio de la persona humana.

Con razón afirma Peter Drucker que en la sociedad del conocimiento, la educación debe transmitir virtud al tiempo que enseña técnicas de efi-

cia. Es necesario -dice- restablecer el estudio por las humanidades:

La llegada de la sociedad del conocimiento nos obliga a enfocar la sabiduría y la belleza del pasado sobre las carencias y la fealdad del presente. (*Las nuevas realidades*, pág. 355).

Consecuentemente, la educación no debe seguir separando dos culturas, la humanística y la científica; no debe limitarse a formar solamente buenos profesionales o personas capacitadas en tal o cual disciplina. La educación no busca el saber servil y utilitario con fines prácticos, es perfecta y está orientada a la búsqueda de la verdad, formando personas virtuosas.

Por último: el fin de todo conocimiento es la contemplación, lo cual no excluye que de él puedan derivarse bienes y objetos útiles como el avance tecnológico y el progreso económico, que a su vez hagan más factible el ocio contemplativo en orden a la perfección humana. Desde esta perspectiva,

... la verdadera educación es la educación humanística cristiana, la que no se propone simplemente hombres para 'hacer', sino para 'ser' y no cualquier cosa, sino seres conformes a la Verdad». (Patricio H. Randle, *Educación para tiempos difíciles*, pág. 104).

Referencias

- Albert, Michel. (1992). *Capitalismo contra capitalismo*. Buenos Aires: Paidós.
- Cepta-Unesco. (1992). *Educación y conocimiento, eje de la transformación productiva con equidad*. Santiago de Chile.
- Drucker, Peter. (1987). *Las fronteras de la Administración*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Drucker, Peter. (1989). *Las nuevas realidades*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Drucker, Peter. (1992). *La sociedad postcapitalista*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Galbraith, John. (1992). *La cultura de la satisfacción*. Buenos Aires: EMECE.
- Moury, René. (1990). *Hablan los empresarios japoneses*. Buenos Aires: Atlántida.
- Randle, Patricio. (1984). *Educación para tiempos difíciles*. Buenos Aires: Cruz y Fierro.
- Reich, Robert. (1993). *El trabajo de las naciones*. Buenos Aires: Vergara.